

México Indómito

Fabrizio Mejía Madrid

© Fabrizio Mejía Madrid

Ésta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

El Sur

Robinson Crusoe en Oaxaca

Lo que pensó Brad Will al empuñar su cámara de video en medio de una balacera entre paramilitares del PRI y los organizados en la Asamblea Popular de Pueblos de Oaxaca (“APPO”) fue acaso una sucesión de imágenes: el muchacho militante con la cara cubierta que le gritaba que dejara de grabar, el hombre corpulento que tenía a siete metros que azuzaba a los demás a ir hacia delante, hacia los disparos, y los dos hombres que a veinte metros, uno con una camiseta roja del PRI, les apuntaban a matar. Brad Will no era un tipo violento pero tampoco le faltaba valentía. Unos años antes había ganado cierta notoriedad cuando impidió con su cuerpo la demolición de un edificio en la First Street del Lower East Side de Nueva York. El edificio, de más de cien años, estaba abandonado para las autoridades pero Brad y sus amigos poetas tenían ahí un café literario y un teatro. Brad se subió al techo del edificio y enfrentó la mano me-

táctica de los demoledores. La acción se detuvo, al menos por ese día, y la imagen de Brad Will, como un neoyorkino contra la máquina —versión local del chino que detiene al tanque en Tiananmen— lo hizo un héroe momentáneo: lo entrevistaron en la tele pública, en PBS, pues.

Y ahora en Oaxaca, en medio de un tiroteo no muy intenso, Brad encuadró a sus atacantes, los priistas, y filmó su propia muerte. Una bala lo alcanzó en el pecho. En el video que grababa sólo consta su grito de dolor y la cámara termina en el polvo del camino. Alguien más filmó los instantes en que, en el caos, los “appos” lo desnudan, y lo cargan hacia un auto compacto. El larguirucho Brad Will, con su cabellera rubia, sus barbas y sus calzones azul marino, es encogido dentro del compacto y éste arranca. El Volkswagen destartado se descompone a dos cuerdas de ahí. Lo cambian a una camioneta de un señor que va pasando. Brad Will no llegó vivo al hospital. Era la mañana del 27 de octubre de 2006. Tenía 36 años.

* * *

Quizás Brad Will viera en la rebelión de Oaxaca una de esas “zonas de autonomía temporales” que la teoría anticapitalista post-caída del Muro esboza como posibles: “es un tiempo de libertad en el que ninguna autoridad tiene injerencia”, se lee en *Caos: las hojas volantes del anarquismo ontológico*. Según lo aprendido por Brad, cosas tan disímolas como un movimiento campesino, un carnaval, y la República de los Piratas en el Marruecos del siglo XVII —de donde Daniel Defoe abrevó para construir a su Ro-

binson Crusoe— pertenecían a esa misma suspensión de la autoridad. También lo eran el “terrorismo poético”, el paganismo, y la celebración del caos como principio organizador del universo. Brad había llegado a Oaxaca buscando a “la otra campaña” del subcomandante Marcos y sus zapatistas. Lo mismo había hecho en Seattle durante los disturbios contra la OMC, en Brasil con el Movimiento de los Sin Tierra, en Bolivia con las movilizaciones de los cocaleros de Evo Morales. Se enteró de la extinción a macanazos, violaciones, y detenciones ilegales en San Salvador Atenco —el pueblo de cultivadores de flores que impidió con el secuestro de autoridades la construcción del aeropuerto internacional del gobierno de Vicente Fox— y quiso acompañar a los zapatistas en su defensa. Los cultivadores de flores de Atenco, organizados en el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra mantuvo en jaque al gobierno de Vicente Fox durante seis años, pero al término de la admistración, la policía cobró venganza entrando a Atenco en medio de gases lacrimógenos. Se documentaron más de treinta violaciones sexuales a mujeres, entre ellas, a una estudiante chilena y una española. La entrada del líder de Atenco, Ignacio del Valle, a la cárcel de máxima seguridad terminó con el movimiento campesino pero las historias de violación a derechos humanos le dieron la vuelta al mundo vía Internet. Fue así que Brad Will se enteró de Oaxaca. Todo mundo decía que ahí se fraguaba una república autónoma, hecha de consejos populares, con la gente común en pie de guerra contra la autoridad. Una isla pirata. Y un Robinson Crusoe que ardía en deseos de llegar hasta sus costas.

Pero la batalla de Oaxaca no era una isla de comedores de loto. Había comenzado como un conflicto de todos los años de los maestros por mejores salarios. No tenía nada de irregular: cada verano, como desde hacía 26 años, los profesores de Oaxaca dejaban las aulas en sus escuelas y marchaban en demanda de mejoras sindicales. Luego, se unían a los de la ciudad de México y tomaban las calles de la capital mexicana para presionar a la autoridad federal. Ésta cumplía con el ritual anual y los regresaba a su estado donde se instalaban “mesas de negociación”. Ritualizada, la Sección XXII del Sindicato de Maestros —la organización laboral más numerosa de América Latina con más de un millón de agremiados— mejoraba un poco las condiciones de los maestros de la región más pobre de México. De hecho, el 15 de mayo de 2006, cuando ocuparon sus tradicionales 54 calles de la ciudad de Oaxaca, lo que pedían era un mejor salario, drenaje para las escuelas, y zapatos para los alumnos del ciclo primario. Zapatos. La utopía no era un carnaval desbocado sino una suela para proteger los pies.

Pero el gobierno de Oaxaca, atento a la modernización de la política nacional —pagar anuncios en televisión para linchar a los opositores— decidió inventar una improbable Asociación Estatal de Padres de Familia que sostuviera un comercial contra los maestros. La voz de unos niños decía: “Yo no soy revoltoso. El revoltoso es usted maestro. A usted, maestro, no le importó irse de revoltoso y dejarnos sin escuela. ¡Fuera, fuera, fuera! Maestro al salón, no al plantón”. El gobierno oaxaqueño, cuya cabeza es un burócrata de bigotillo y mirada azorada, Ulises Ruiz Ortiz, descuenta días de salario a los maestros en huelga y el 1 de

junio presiona a los diputados locales para que exijan el desalojo por la fuerza de los maestros que toman las calles. Los profesores responden con una movilización de 150 mil personas. Una pinta en una pared me gustó de ese día: “Libertad a todos los presos políticos de Atenco y del Mundo”. Fue una marcha de sombrillas por el sol intenso y la amenaza de lluvia. Pero era una más de las movilizaciones rituales del sindicalismo del magisterio. Los que fuimos a testificar su desenlace bebíamos mezcal en los restaurantes del kiosco y caminamos a nuestros hoteles en mangas de camiseta y saltando maestros dormidos en las aceras.

Una semana después, el 7 de junio, cuando 200 mil maestros marcharon pidiendo la renuncia del gobernador de Oaxaca nos enteramos de que la cosa iba por otro lado. El rumor era que la líder moral del sindicalismo magisterial, Elba Esther Gordillo, le estaba cobrando facturas políticas al gobernador por haber apoyado al candidato del PRI, Roberto Madrazo, y no a ella. De hecho, los diputados por Oaxaca eran los que habían pedido la expulsión de la Profesora Gordillo del PRI por apoyar abiertamente al Partido Acción Nacional. “Va a caer, va a caer, Ulises va a caer”, era la consigna de esa movilización. Las bandas de trompetas, tubas, y tambores oaxaqueños tocaban “Sacaremos a ese güey de la barranca”. Esto ya no era nuestro acostumbrado espasmo sindical, con radicalismos discursivos y negociaciones de última hora. Los maestros de Oaxaca entraban a la política local y podían —creían poder— tirar a su gobernador. Tenían una frecuencia para contrarrestar a las tres televisoras —dos monopolios nacionales y uno doméstico—: Radio Plantón. Algo olía distinto. Eran los actores de

siempre, los sindicalistas aceptando cualquier cosa después de un plantón de semanas donde el espectáculo era comprobar que los maestros del sur de México no vestían ni hablaban muy distinto de los indígenas, pero las condiciones del resto —los que no eran maestros— parecían ser ahora parte del espectáculo. En las afueras de la marcha vimos a los padres de familia apoyando a sus maestros. “Por ellos sabemos poner nuestros nombres en una página. Fuera Ulises Ruis”, decía una pancarta escrita a mano y con faltas de ortografía. Estaban ahí los indígenas, los colonos sin drenaje ni pavimento en sus calles, los taxistas, los limpiaparabrisas. Lo ilegible de la isla de Robinson Crusoe estaba escrito en la arena.

* * *

Lo que inició la batalla por Oaxaca no fue la huelga de los maestros —en 26 años de existencia no reconocida oficialmente, la Sección XXII del Sindicato de Maestros ha parado en casi mil ocasiones— sino la idea de desalojarlos de la ciudad usando gases lacrimógenos. No existió ninguna idea de una “comuna”, ni de una “república socialista-indígena”, ni siquiera la “zona temporal autónoma” del altermundismo. Fue simple defensa ante la policía.

A las cuatro y media de la mañana nos despertó la frecuencia de Radio Plantón: “Les hacemos un llamado... en este instante nos están atacando con bombas de gas desde el techo de esta emisora”. Y se cortó. Las calles a oscuras, hervían de gas pimienta y lacrimógeno. Los maestros corrían de un lado a otro tratando de reagruparse pero el olor pi-

cante del gas no se los permitía. Estaban dormidos durante el ataque que comenzó desde un helicóptero comercial. No podían respirar, les ardían los ojos. Nos ardían a todos. Lo aprenderíamos todo sobre el gas en una madrugada: echarse agua en la cara no es tan eficaz como taparse la nariz con un trapo con vinagre o Coca Cola. No hay que correr porque arrastras el gas contigo. Lo mejor es caminar agachado porque el gas tiende a subir. Lo que recuerdo de esa madrugada es apenas un jirón de lo que sucedió: se encendieron fogatas en las esquinas, se improvisaron barricadas con camiones incendiados, se usaron los suéteres como pasamontañas. Un hombre corpulento emergió de la noche con un escudo de un policía en una mano: “Sí se puede, compañeros”, dijo, orgulloso. Tenía sangre en la nariz.

El combate en las calles duró cinco horas. A pedradas, con cocteles molotov, arrojando cohetones con una bazuca hechiza, los maestros retomaron el centro de la ciudad. Hay una imagen alrededor de las nueve de la mañana: la policía se resguarda detrás de una fila de baños públicos. En algún momento, uno de los baños se cae y vierte su contenido sobre los policías. Minutos después, entre insultos y rocas, la policía se bate en retirada. Los maestros han ganado la batalla. Hay marchas espontáneas de todos aquellos vecinos que no durmieron porque el gas invadió sus recámaras. Están indignados pero con el ánimo de una victoria sobre la autoridad policiaca. El gobernador Ruiz sale a desmentir sin mucha convicción los hechos: “No hay ningún enfrentamiento entre la policía y el magisterio”. Está en la lona y despachará, a partir de esa fecha, en el hangar de su

avión privado, listo para salir del estado en cuanto la gente logre averiguar dónde se esconde.

Es en ese instante que nace el movimiento de Oaxaca, una mezcla de hartazgo por el avasallamiento de los caciques —donde el gobernador es el cacique mayor—, ganas de relajo, de moverse por una ciudad sintiéndola tuya, de discutir sobre asuntos que parecen enterrados: la Comuna de París, los soviets de Lenin, los consejos populares tan propios de la historia de Oaxaca. Hay un estado de ánimo irritado pero optimista ahí donde la realidad lo desmentía: “Ya cayó, ya cayó, Ulises ya cayó”. Se instalan barricadas por toda la ciudad —hay “impuesto revolucionario” para pasar a tu hotel después de que se mete el sol—, se intimida a los que se sospecha de colaborar con el gobierno. Oaxaca está dividida desde hace 500 años entre indios —término que se asimila a pobre, mal vestido, mal hablado— y criollos —término que hace las veces de sinónimo de clase menos pobre, menos mal vestida, que habla menos— pero es después de la victoria de los vecinos y maestros contra la policía que las cosas simplemente se invierten: el rencor sosegado de siglos emerge en la forma de un control caótico sobre el tránsito de vehículos y peatones. Todo mundo con un paliacate en la nariz puede interrogarte sobre tu posición política. Todo aquel que cuida de una barricada puede decidir si pasas o no pasas. Es una rebelión que compensa siglos de acatamientos. Hay excesos: los “appos” organizados en “la brigada móvil” irrumpen en los cuartos de los hoteles buscando al líder del Congreso local, Bulmaro Rito, y acaban agrediendo al periodista Ricardo Rocha. El mismo que, entre otras, presentó los hechos por televisión de

la matanza de campesinos en Aguas Blancas, Guerrero, en 1995 cuando un grupo paramilitar controlado por el entonces gobernador, Rubén Figueroa, acribilló en un camino a un grupo de campesinos ecologistas. Ése era el periodista que ahora la APPO atacaba como si fuera un enemigo de sus causas. Y más: alguien balea la casa del pintor Francisco Toledo, acaso el más oaxaqueño de los artistas de todos los tiempos. Nadie estaba a salvo. Y había que salir o exponerse a salir herido en un coche que se descompone.

En los siguientes cinco meses Oaxaca será el centro de las más disparatadas ideas: que es el inicio de una revolución social, que puede convertirse en un estado gobernado por todos y por nadie, que la salida del gobernador Ruiz es sólo un primer paso hacia una república en asamblea permanente. Los grupos radicalizados en las barricadas acaban por considerar al mismísimo subcomandante Marcos, un “liberal reformista”. Y esa locura colectiva fue lo que atrajo a Brad Will.

* * *

Bradley Roland Will llegó a Oaxaca con una credencial de Indymedia, una agencia libre formada en noviembre de 1999 para reportar el movimiento anti-global. En el Centro de Medios Libres de la ciudad de México, una agencia de voluntarios, periodistas militantes, y reporteros de “oenegés” que llegaron a reportear la “campana” del EZLN y la del candidato izquierdista Andrés Manuel López Obrador, tomaron la llamada de Brad Will pidiendo información sobre el conflicto en Oaxaca. Tuvieron sus reservas para que

Brad se aventurara en ese cruce de historias añejas no necesariamente transparentes. Pero él había estado en peores aprietos: de alumno de Allen Ginsberg a “ocupa” de edificios en Nueva York, a activista encarcelado en los disturbios en Seattle contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio, a las barricadas del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, a la rebelión argentina del “que se vayan todos” tras el quebranto financiero. Brad Will era una especie sobre la tierra que hace tiempo no tomamos en cuenta: un poeta rebelde, un activista que no tuvo pudores para decirle a una reportera venezolana que “sólo buscaba cambiar al mundo”. Así que Brad Will se lanzó a Oaxaca.

El problema era que el conflicto ahí era extraño, con signos encontrados, como todo lo que sucede en México; el país de la fe, la muerte, y el engaño. Las tres estaban presentes en Oaxaca.

Los líderes de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca —¿alguien quiere algo más “popular” que el pleonismo?—, eran parte del enredo de la política doméstica. La transición democrática mexicana ha durado tanto que ya no hay político sin tacha. Toda una picaresca. El líder de la Sección 22 del Sindicato de Maestros, Enrique Rueda Pacheco, un profesor nacido en Santiago Laollaga, Tehuantepec, creció políticamente al amparo de la Coordinadora Democrática del magisterio, cuya cabeza es Erangelio Mendoza, un agente sindical cercano a Carlos Jongitud Barrios, el cacique del sindicalismo de los profesores mexicanos durante décadas. Acusado de lo mismo apoyar a la guerrilla del Ejército Popular Revolucionario que de manejar diez cuentas bancarias millonarias para su beneficio, Rueda

Pacheco lideró la huelga de los maestros y se mantuvo en el filo de una navaja muy afilada: dotó a la APPO con 70 mil profesores dispuestos a todo y trató de negociar un aumento salarial.

El líder más visible de la APPO, Flavio Sosa, no era menos errático. Nació en San Bartolo Coyotepec y, a pesar de apoyar el movimiento de los maestros, no terminó la primaria. En el año 2000 y a pesar de que era diputado de la izquierda del Partido de la Revolución Democrática apoyó el voto por la derecha de Acción Nacional y Vicente Fox. Por esa traición lo expulsaron de su partido junto con el resto del comité estatal en Oaxaca. Luego, Flavio Sosa tuvo sus queveres con el Doctor Simi, un empresario farmacéutico metido a la política cuya socia principal es la Premio Nobel guatemalteca, Rigoberta Menchú. El Doctor Simi ha hecho una fortuna de vender medicinas “similares” a las comunidades pobres de América Latina y, mediante sus farmacias, promueve su imagen como “salvador” de los que no tienen dinero para recetas certificadas. Flavio Sosa se mantuvo en el filo de esa otra navaja: apoyar a los maestros de Rueda Pacheco hasta que estos lo dejaran de apoyar. Mientras, en las barricadas, la fe crecía a base de verborrea revolucionaria. ¿Qué hacer?

Ésa era la dirigencia del movimiento al que Brad Will quería retratar esperando que fuera un hito en la historia del anti-capitalismo. Las máscaras oaxaqueñas lo atraparon en medio.

Como siempre, el movimiento era mucho más que su dirección. Ahí está, por ejemplo, Bertha Muñoz Mier, La Doctora. Sobreviviente de la matanza de estudiantes el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, en la ciudad de México, La Doctora tenía 20 años de luchar contra las infecciones que siguen matando a miles de niños en las comunidades indígenas de Oaxaca. Huesuda, con el cabello blanco, hábil para hablar —como todos los que hicieron el 1968 mexicana— Bertha Muñoz Mier fue la que tuvo una de las ideas clave de la rebelión oaxaqueña: tomar las radiodifusoras, en especial la de la Radio Universidad Benito Juárez. De ella fue la voz que alertó, convenció, pidió a los colonos defender las barricadas cuando la policía o los paramilitares se acercaban. Las radios tomadas, en especial la frecuencia universitaria, fueron el arsenal de la APPO como la televisión y los machetes fueron el de San Salvador Atenco. Cuando el gobernador Ruiz entendió eso y fundó su propia estación, Radio Ciudadana, lo primero que transmitió fue una amenaza contra La Doctora: dio su dirección para que la parte de Oaxaca inconforme con el movimiento se lanzara a quemar su casa. Las dos radios se enfrentaron al aire; una, hablaba de resistencia civil, socialismo, república popular; la otra, describía con racismo al adversario —“los sAPPOs”—, los demeritaban acusándolos de “extranjeros” —se difundió que La Doctora era probablemente colombiana—, de “agentes de Hugo Chávez y Evo Morales”, de “servir a intereses inconfesables”. Era 1968 una vez más. Y no sólo en la cabeza de La Doctora Muñoz. Los disparos estaban convocados.

El cuerpo de Brad Will cae a tierra mientras él filma un intercambio de disparos entre priistas y appos. Grita. Y lo cargan entre varios despojándolo de la ropa para que pueda respirar. Al automóvil que luego se descompondría lo suben en trusa azul. Con un agujero en el tórax. La muerte de Brad Will ese 27 de octubre de 2006 detonó la protesta de la embajada norteamericana —por un ciudadano que ellos mismos no habrían defendido de haber muerto en las protestas contra la guerra en Iraq— y preparó el estado de ánimo nacional para la entrada de la policía federal y el ejército en la ciudad de Oaxaca, el 25 de noviembre.

En algún momento entre su ingreso al hospital y su llegada al forense, al cadáver de Brad Will alguien le disparó en el costado. Fue un intento por adjudicarle su muerte a los “appos”, que se encontraban adelante y alrededor de él. El gringo fue más valioso muerto que vivo: pretexto para avanzar sobre Oaxaca, mártir de las luchas sociales latinoamericanas, víctima de los inconformes. Nadie, el gobernador Ruiz o Flavio Sosa, habían oído jamás hablar de Allen Ginsberg o de la República Pirata de Marruecos. Para ellos Brad Will era “un guerrillero disfrazado de periodista” o “un compañero de lo mejor que tiene el pueblo de los Estados Unidos”. Ambos lo utilizaron.

De vuelta en Nueva York, sus amigos lo velaron y protestaron por la situación en Oaxaca. Para ellos, Brad Will no era el gringo que vino a morir a México como un contemporáneo Ambrose Bierce. Era el poeta que había estudiado en la Jack Kerouac School of Disembodied Poetics y en

el programa de la Naropa University, fundado en 1974 por Allen Ginsberg. Era el que, siendo hetero, había participado en una boda gay contrayendo nupcias con Peter Lamborn Wilson, el teórico de las “zonas temporales de autonomía”, para burlarse de los Promise Keepers, una organización católica de varones célibes. Era el activista que defendió los jardines vecinales del Lower East Side de Manhattan contra las constructoras (su jardín comunal se llamaba Chico Méndez, en memoria del ambientalista brasileño). Era el que protestaba contra Victoria’s Secret por imprimir 35 millones de catálogos al año con árboles canadienses. Era el fomentador incansable del Buy Nothing Day en Times Square y del Dumpster Diving en Hudson Street, que consiste en, literalmente, bucear en los basureros de Tribeca en busca de desperdicios que no lo son: comida y objetos que son desechados, no por estar desarreglados, sino por simple consumismo. Sostenía así una ética anti-capitalista, el “freeganomics”. Era, pues, de vuelta en su ciudad, un loco impuro en busca de los sentidos de lo marginal: budismo a la beatnik, comunero utópico en el Dream Time Village de Wisconsin, creyente en los espacios autónomos temporales que lo mismo apoyan el relajo del Love Parade que las protestas anti-OMC, poeta, reportero free-lance de Indymedia y de Steal This Radio, una emisora pirata, que anarquista lector ávido del fascista italiano Gabriele D’ Annuzio. En su comunidad de artistas radicales en Nueva York Brad Will era la nueva especie del activista: el que piensa a través de redes —entre saberes discordantes y organizaciones irreconciliables— y cree en la acción directa. No hablar, no teorizar demasiado, simplemente hacer. Antes de llegar a Oaxaca, en agosto, había participado en la Asamblea

de la Alianza Anarquista de Manhattan y había logrado unir a los anarco-punks con grupos anti-capitalistas en Days of War, Nights of Love que, en contra de su título, no era una película de Martin Scorsese, sino un día de destrucción material y comunión espiritual.

Sus días de guerra los vino a encontrar a miles de kilómetros de Nueva York. No sabemos si los hubo de amor.

* * *

La policía federal entró en Oaxaca a casi un mes del homicidio de Brad Will, después de que la Sección XXII del Sindicato de Maestros acordara un regreso masivo a clases. Abandonada por el sindicato que había comenzado todo este litigio, la gente de la APPO no opuso resistencia, salvo en la defensa de Radio Universidad. Con bulldozers y grúas las barricadas fueron desmontadas. Las 350 organizaciones que componen la APPO se replegaron a sus comunidades para dejarle a la policía retomar el control de la ciudad que durante seis meses se convirtió en un laboratorio de rencor, optimismo, arbitrariedad, y desmadre. En los días siguientes fueron detenidas 350 personas, 200 de las cuales fueron encarceladas, entre ellas, Flavio Sosa. La Doctora Muñoz está escondida “en algún punto de México” y se tuvo que separar de sus hijos. El gobernador Ruiz no cayó. Cuatro días después de la llegada de la policía federal vestida de negro y gris, Radio Universidad fue entregada. La locura colectiva llegaba, como todas, a su fin anticlimático: el viejo orden. Vicente Fox dejó el poder presidencial una semana después a su sucesor, el derechista Felipe Calderón.

Tras unas vacaciones después de seis meses de conflicto, Diego Osorno, el reportero grandulón que cubrió con la nariz pegada a las barricadas el asunto fue interrogado sobre cuál sería la imagen con la que se quedaba del brote de Oaxaca. Habló de un niño que limpiaba parabrisas de autos en mayo del 2006. A finales de noviembre lo vio por última vez, con el trapo con el que limpiaba amarrado en la cara y arrojando una bomba molotov hacia la policía federal. Ese niño, aseguró el reportero, es de los 25 desaparecidos de la batalla por Oaxaca. Un niño sin zapatos.

* * *

Encima de la televisión en casa de sus padres en un suburbio adinerado de Kenilworth, Illinois, hay dos fotografías de Brad Will de niño. En una está vestido de marinerito, muy serio. En otra está disfrazado de flor. Esa era la que más le gustaba a Brad Will. Lo convertía en ambientalista desde niño. La del marinero le repelía y cada vez que iba a casa de sus padres, en uno que otro Día de Acción de Gracias, le pedía a su madre que la quitara de la vista pública. Ésa contradicción lo persiguió a Oaxaca. La violencia o el ecologismo, la acción directa o la revolución. Después de haber estado en Argentina y Brasil, vino a México atraído por “la otra campaña” del subcomandante Marcos y los zapatistas. Pidió a los medios alternativos agrupados en la ciudad de México que le dieran un consejo sobre Oaxaca. “Está peligroso. Hay armas en los bandos. Te recomendaríamos llegar primero a ciudad de México y después decidir si vas o no”. Brad Will respondió con un juguétón: “No importan las armas. Yo tengo una cámara”.

En San Blas Atempa nunca conocieron a Brad Will. Es un pueblo indígena que desconoció a Ulises Ruiz desde su elección como gobernador. Hace más de un año expulsaron a la policía, mandaron a su casa al presidente municipal, y eligieron entre todos un consejo popular que ahora preside Guillermo Salinas, un campesino con tres años de escuela elemental. Coordina sobre todo las brigadas de autodefensa del pueblo para evitar que la policía estatal retome el control de la alcaldía. Afuera se hacen guardias todos los días. “Si hay que morirse por esta tierra pues así viene la cosa”, me dice una mujer encobijada en el frío del invierno serrano. Así reciben la Navidad y el Año Nuevo. Una hoguera arde sin calentar en el patio de la escuela donde no se reanudaron las clases. En una pared, junto a una estrella roja, hay un grafitti: “Dios tarda pero nunca olvida”.

El Centro

Atenco: Los días iracundos

—No puede pasar— me dice el policía federal que con su patrulla y unos botes con letreros improvisados (“Camino Cerrado a Atenco”, lo que es más que una declaración política) desvía a los autos. Hay, según presumen ellos mismos, más de mil de estos policías de gris. A éste no le ha gustado la credencial, ni mis tenis, ni que le hable de tú. Me lo ha dicho. Está muy irritado con mi insistencia. Llama a su “superior”, quien me revisa de nuevo y pregunta genuinamente extrañado:

—¿Viene usted a pie?

Y le digo que sí, que ser peatón es mi protesta contra lo descomunal. Siento que caminando el país conjuro de alguna forma lo que ya no tiene dimensiones humanas. Soy un poco como los de Atenco, le explico, y debe comprenderlo porque bufa y me deja pasar con una mueca desde la que

le bisbea a un hombrón que no habla y que no ha dejado de escudriñar mis gestos: “Estos pinches periodistas”.

Es el 11 de julio del 2002. Mientras camino por la carretera que, muy eventualmente me llevará a San Salvador Atenco veo las huellas de lo que ha sido con toda seguridad una larga noche de rumores, miedo y la inminencia, entre cabeceos, café y cigarros, de la muerte o la detención: fogatas de llantas recién apagadas en las orillas del arroyo que pasa por debajo del puente, municiones disparadas quizás en una falsa alarma, trincheras improvisadas con cajas de refrescos. Tienen a catorce de sus líderes detenidos y a la hora que llego al pueblo, a tres policías, un ministerio público y al subprocurador de Texcoco como rehenes. No han dormido. Todos ahí, hasta las ancianas y los niños, tienen los ojos enrojecidos del insomnio y la fogata de hule. En los retenes civiles, de encapuchados y sombrerudos, los ánimos están más que exaltados. Al quejarme por la tercera revisión en menos de diez metros, el ejidatario saca su machete y lo blande justo al lado de mi nariz:

—¿Qué? Si no nos rajamos allá, menos aquí.

No entiendo a qué se refiere, pero puedo ver ese gesto, mezcla de rencor, impotencia y ganas de obtener un poco de atención que muchos tienen por aquí. A pesar de que es un hombre que podría pasar de ese exabrupto amenazante al llanto autocompasivo en menos de un segundo, no olvido que es ésta una zona de guerra. Cada montón de basura es una trinchera. Los machetes labrados con la leyenda “Por la defensa de San Salvador”, los palos con clavos, los azadones, un trinchete, no son las principales armas. En pleno centro de San Salvador Atenco está el arsenal listo para usarse: el

tráiler de miles de Coca Colas ha sido vaciado. Cada envase que se bebe es almacenado para hacer bombas molotov que serán llenadas con las tres pipas de gasolina que, detrás del Auditorio Municipal, se esconden entre ahuehuetes. La capacidad incendiaria alcanzaría, según calcula un campesino con pasamontañas llamado Matías, para hacer volar al suyo y a otros once pueblos en los alrededores. “San Juanico se queda corto”, exagera en referencia a la explosión, en 1984, un 19 de noviembre, de un almacén de Petróleos Mexicanos, y creo que sonríe debajo del pasamontañas. En la azotea de una farmacia en la esquina de la plaza veo a dos jóvenes empeñados en trabajos complementarios: uno, el gordo, se toma los refrescos, el otro, el escuálido, convierte los envases en bombas. Un gordo bebedor y un flaco incendiario. Han construido una barricada en la azotea y, desde ahí, supongo pretenden recibir a la policía. La exaltación generalizada proviene de la situación en la que su pueblo se encuentra, pero no hay que descartar, además, el exceso de azúcar que uno ha ingerido y el olor a gasolina que el otro ha inhalado. El asombro es mío cuando pienso que así combatirán a mil policías dotados con armas largas y automáticas, helicópteros, camiones blindados, y chalecos anti-balas. A lo lejos, veo a dos campesinos a caballo. Traen palos.

* * *

Lo que ocurre al día siguiente es un mitin en torno a una televisión de muy pocas pulgadas, cuyo sonido es amplificado para todos con un micrófono modesto. Atenco es un movimiento de cultivadores de flores que usa a la televisión

como a un misil. La tranquilidad aparente de los asistentes que se miran en directo en la tele, en su propio show, le resta dimensiones al estado de guerra en el que el pueblo se encuentra: hay risas cuando el vocero del movimiento asegura que el procurador de justicia estatal, tiene “caca en el cerebro”, hay rechifla cuando aparece el gobernador del Estado de México, Arturo Montiel, a cuadro y sólo cuando la cámara los toma es que ellos levantan los machetes y gritan consignas. Con un discurso de identidad, ligado a los valores de la tierra y a los que ahí están enterrados, el movimiento contra el aeropuerto internacional de Vicente Fox —la obra más costosa y urgente de su sexenio, según su propio secretario de comunicaciones, se presenta también como un talk show que se vale de la televisión, literalmente, para hablarse, convencerse y cohesionarse. Atenco es levantar un machete cuando te toma la televisión en vivo.

—Mira, ahí estamos —dice una joven con ombli-guera del Sub que alcanza a taparse los dientes urgidos de ortodoncia. Su nombre es Magdalena y, a pesar de que los medios la convierten en protagonista de este episodio, no quiere hablar, tiene pena y se acaba tapando la cara con un trapo blanco. Y es ahí donde emerge de nuevo lo incidental: es la tela que se está usando para las bombas.

El vocero del Frente de Pueblos Unidos en Defensa de la Tierra, David Pájaro, cuyo hermano es uno de los detenidos, aprovecha la emisión en directo del Canal 4 para negociar:

—Antes de que se oculte el sol —dice en doble micrófono, el del mitin y el de la televisora— queremos que el gobernador y el procurador nos presenten a los detenidos, no importa cómo, hinchados, torturados, como sea, pero

los queremos ver. Si lo hacen, nosotros les enseñaremos a las autoridades que tenemos retenidas.

Hay un componente de compensación: quieren estar en igualdad de condiciones frente al Estado. Los cultivadores de flores iguales a los burócratas que viajan en avión privado. Vaya idea de la democracia. Por eso han retenido a las autoridades de justicia, por eso buscaron un diálogo público con el Presidente Fox, quien los despreció; por eso, cuando sienten siquiera un poco que están siendo desdeñados, vociferan: “La tierra no se vende”. La aparente frivolidad de hacer un mitin frente a una tele, se desdibuja a cada instante en que alguien, una anciana con cataratas, un gordo con pasamontañas y tatuajes, el custodio del cañoncito de madera, explota: “Quieren repetir el 68”. Ésa es la dimensión real en la que ellos se miran, no es, a pesar de las apariencias, la de la televisión. Es la de la historia con mayúsculas.

* * *

El peso que uno de los detenidos, el líder Ignacio del Valle, tiene entre los atenguenses no es desdeñable. En el mural que adorna el Auditorio Municipal, está su rostro algo divinizado: en vez de la cicatriz que tiene en la mejilla aparece una herida sangrante. Del Valle está al lado de Zapata, de un encapuchado sin pipa leyendo La Jornada (el titular: “Atenco se levanta”), de Ricardo Flores Magón y de Digna Ochoa. Justo al pie del escenario mediático, el santo local: “Divino Salvador” y la Virgen de Guadalupe. De todos los héroes mezclados, el único vivo es Ignacio del Valle. Y fue detenido con seis órdenes de aprehensión. Sin duda es ya la víctima propiciatoria de Atenco.

—Quieren liberar a todos menos a Nacho —anuncia David Pájaro y la gente se indigna. Y nosotros decimos: primero liberen a Nacho —y la gente se enciende.

Se percibe un caos assembleístico al menos en los asistentes al mitin de la televisión, unos doscientos: de su interior surgen propuestas gritadas, consignas anónimas, aplausos o rechazos sin origen ubicable. Lo veo mucho más claramente en David Pájaro que va haciendo declaraciones para probar el estado de ánimo de sus bases, y así las va variando. En aprietos, recurre al nombre de Nacho del Valle, cuando siente aprobación se muestra beligerante, al ser rechazado repite: “No voy a tomar ninguna decisión que no venga de ustedes”. La asamblea habla con chiflidos y consignas, es difícil entenderla. Y desorganiza al movimiento. En algún momento de la entrevista en vivo con otra de las líderes, Marta Pérez, las guardias se descuidan, todos quieren ver qué dice en la tele, las guardias civiles en bicicleta están todas donde no deben de estar, tratando de ser espectadores y protagonistas, cuidando las palabras de sus líderes, desconfiando hasta de sus propios líderes, ya no se diga de la autoridad. Y es la falta de disciplina lo que hace ver, no a “guerrilleros” como aseguró el gobierno del Estado de México apenas quince horas antes, sino una resistencia autorregulada por los celos, las simpatías, el estado de ánimo mayoritario. El de esta mañana es, sin duda, el de estar al tú por tú con las autoridades. El poder les responde en la televisión, se refiere a ellos, tras nueve meses de ignorarlos.

Es en ese momento de confusión —muchos de los guardias civiles parecen oponerse a que David Pájaro le permita a una televisora filmar a los rehenes— que se aprovecha

para anunciar que uno de los heridos en el enfrentamiento de ayer en Acolman, Abel Galicia, con una bala en el brazo, no ha sido atendido por un médico.

—Ahí lo tienen golpeado mientras los policías heridos ya hasta fueron dados de alta —acentúa el orador para, una vez más marcar lo que más molesta en Atenco: el trato desdeñoso.

Y logra su objetivo. La gente olvida que se estaba oponiendo a que los rehenes fueran fotografiados y todo termina en una avalancha de periodistas cuyos embates son controlados por golpecitos en los tobillos. Los reparte una señora de mandil armada con un palo. En la punta tiene al menos seis clavos. Me los cuento en la pierna.

* * *

En verdad Atenco es, desde el 22 de octubre del 2001, un lugar expropiado. Las 4 mil familias a las que se les ofreció entre 7 y 25 pesos por metro cuadrado para construir ahí el nuevo aeropuerto internacional del centro del país continuaron ahí y pasaron, en nueve meses de desdenes y prepotencia gubernamentales, de exigir un pago justo a simplemente no vender la tierra y morirse resistiendo. “Ya estamos muertos”, me dice María Galicia. “Sólo estamos esperando que nos saquen al camposanto, porque no vamos a ir por nuestro propio pie. De eso no le quepa duda, joven.”

Al ver el polvo salitroso en el que no crece nada, al mirar el agua enturbiada por la sal que sale de los pozos, y los dos cerros, Tepetzingo y Huatepec, sin vegetación, uno no puede sino preguntarse qué es lo que se defiende. Un pe-

queño pueblo polvoso combate al Estado de las inversiones millonarias, globales, sólo por una razón: para ser tomados en cuenta. Ése es el reclamo de San Salvador Atenco a unas autoridades que anunciaron la construcción del nuevo aeropuerto por la televisión, que jamás se presentaron a dialogar —ni cuando se destituyó a la alcaldía electa, ni cuando secuestraron máquinas de medición geológica o a empleados de una constructora—, que nunca reaccionaron a sus marchas con los machetes en alto. No es que quisieran llevar los machetes sino que sólo el filo de un arma podía impactar para que fueran escuchados, es decir, televisados. No hay que preguntarse aquí por la legalidad —los ejidatarios detenidos tenían amparos contra la detención—, sino por la justicia. Subido en la tarima desde la que los medios hacen de estos campesinos la parte indignada del talk show (las autoridades son la parte balbuceante, la del infiel sorprendido), me pregunto si vale la pena morir sólo por ser tomado en cuenta. He escrito que a lo descomunal-global siempre se le opone lo local con su dimensión más humana, pero aquí lo local tiene que empezar por reconstruirse desde el tamaño de las personas. Si algo ha provocado el silencio de los gobiernos estatal y federal ante la oposición a un nuevo aeropuerto en tierras de flores es que las personas, éstas que se mueven en bicicletas, se sientan empequeñecidas y, frente a eso, levantan los machetes.

* * *

En este día, el siguiente al enfrentamiento de Acolman en el que los atenquenses secuestraron autoridades como rehe-

nes para que les entregaran a sus detenidos vecinos y familiares, la policía no llegó. A los llamados al diálogo siguió la lluvia y nos fuimos dispersando. Varias veces corrió el rumor de la intervención de la policía federal, pero ellos seguían, como dijeron, “a órdenes”, comiendo de los platos de *tv-dinners* que les trajeron desde Toluca. A tres kilómetros, los ejidatarios comieron arroz con tortillas, oyendo los discursos de solidaridad de campesinos de Tepoztlán y estudiantes universitarios. La idea de hacer un canje de rehenes por detenidos en el río Jalapango, no recibió, al menos en ese día, respuesta alguna de las autoridades. En la aparente tranquilidad del momento tuve un recuerdo muy viejo. En diciembre de 1987, el ahora procurador estatal, cuando era consejero estudiantil por Derecho en la UNAM, se levantó de una mesa donde un ceuísta bromeó con cambiarle el nombre al barco Justo Sierra por “Che Guevara”. Eso recordé. Y hasta ese momento me di cuenta de que la imagen del guerrillero no estaba en Atenco. No hay Che. Ahí no había nada que construir, y a la vez, nada que perder.

Vuelvo a San Salvador Atenco apenas dos semanas después de que estuvieran al borde de ser ocupados por la policía federal. Todo luce distinto. Los caminos han sido abiertos y no hay huellas de las bombas molotov, de las pipas de gasolina retenidas, ni de la exasperación que mezclaba el machete en alto con las lágrimas. Una trinchera de sacos de tierra se despanzurra en una esquina y los dos coches incendiados en la entrada a la comunidad parecen

cascarones secos de cochinillas. A ninguno de estos signos de combate le acompaña el miedo, la inminencia de la violencia, de hace quince días. Frente al auditorio del pueblo dentro del que estuvieron las autoridades tomadas como rehenes tras la detención de los dirigentes del movimiento, aquel lejano 11 de julio, no hay más que diez o doce personas resguardánsese del sol junto con decenas de perros. No hay televisión, la cocina popular ha sido cerrada, el sonido permanece apagado.

Es curioso que esta calma sea precisamente en el día que están enterrando al único muerto del movimiento contra el aeropuerto internacional. José Enrique Espinoza Suárez, conductor de un camión, murió la madrugada del miércoles 24 en el Hospital de Lomas Verdes, ahogado en su propio vómito. Los golpes en la cabeza que había recibido en la batalla contra los policías estatales y, quizás, más tarde en los separos de la procuraduría del Estado de México, le provocaron la muerte. Su historia registra en breve las ofensas y los desdenes hacia los ejidatarios de esta zona conurbada: a sus 38 años padecía de diabetes de origen emocional —el estrés de no tener para mantener a su familia, supongo—, y la policía, tras golpearlo, no le permite ingresar a un hospital sino hasta dos días después. Una vez ahí, es dado de alta, pero vuelve a internarse porque tiene dolores de cabeza y vómito. Y muere. De inmediato, el IMSS y el procurador del Estado de México, declaran que la muerte es debido a las enfermedades que Espinoza padecía sin atinar a comprender que algo muy malo ocurre en un lugar donde un hombre de apenas 38 años tiene diabetes y desórdenes metabólicos como los que ellos aseguran le mataron. A Espinoza lo mina

la pobreza, pero lo matan los golpes que recibió por no querer entregar sus tierras al aeropuerto internacional.

El cadáver, en una caja de madera labrada y cubierto con la bandera nacional que ondeaba apenas hace quince días arriba del auditorio, es transportado hasta el cementerio sin lápidas. En el camino hacia allá, se notan los estragos que causó la fugaz presidencia municipal de Margarito Reyes, electo en el 2000 y destituido por la Asamblea en octubre del 2001: enormes troncos de ahuehuetes de más de 300 años, calcinados en el camino y el parque enrejado y habilitado como estacionamiento.

—Nacho del Valle —me cuenta un ejidatario que me lleva a la comida del funeral— ordenó que el parque volviera a ser gratis como siempre ha sido y que ya no lo cerraran con candados. Pero los árboles quemados, ya no podemos revivirlos, ¿o sí?

En la voz del campesino urbano hay ese clima de irremediabilidad que envuelve a la muerte y sin duda a lo que hace tan monstruosa a la vida: que el tiempo no es reversible. La procesión rumbo al lugar donde entierran a sus muertos en la colonia Madero es quejumbrosa y torva. Al único muerto del movimiento de Atenco se le niega en las esferas del gobierno estatal su carácter de víctima. El procurador de justicia ha asegurado que él sabe que iba obligado a la marcha en la que lo golpearon de muerte. Sus declaraciones irritan aún más a la gente. Su viuda, Socorro Marino, debajo de un paraguas negro desmiente al procurador estatal. En vez de llorar debe declarar a los medios. Otra ofensa más.

Cuando uno recorre el camino del centro de Atenco al barrio de Madero entiende la lucha de estos ejidatarios: todo

está a medio construir. Estas familias llevan décadas consiguiendo, como pueden, cemento, ladrillos, varillas, agua, luz, teléfonos. Y están a la mitad de hacer de su espacio un lugar habitable entre huertas de maíz y flores. La iglesia de Francisco I. Madero tiene apenas una cúpula pintada y dos campanarios en obra negra. Supongo que todo el esfuerzo que les ha llevado hasta aquí se siente como una pérdida inútil si lo venden para que sea demolido y aplanado en pistas de aterrizaje de aviones a los que jamás se subirán.

Nacho del Valle, el dirigente de todo esto, liberado tras el canje de rehenes por presos, lo resume a su forma: “Para pedir materiales y servicios públicos es difícil que se organicen. Pero si es para que no se los quiten, la cosa cambia. Es como si uno llama a la gente a foros o a encuentros. No van. Ah, pero si hay rumores de que entra la policía, ahí están todos”.

Mientras el entierro con el sol a pleno se desparrama en discursos, un hombre delgado con todos los atributos del atenguense comprometido —machete, sombrero de carrizo, paliacate rojo al cuello, botas— sostiene estoicamente una de las quince coronas florales que han llegado en memoria del muerto. Ex empleado administrativo de la Secretaría de Hacienda, este hombre está en el movimiento porque él no tiene tierras, sólo una casa de cemento de 250 metros cuadrados. Cuando me enseña su casa, lo hace con orgullo, aunque no esté pintada ni tenga, como muchas otras, un jardín encima del polvo.

—Imagínate. Si me pagan los 50 pesos que está ofreciendo Gobernación me dan 12 mil pesos, por una casa que, de quererla vender, valdría 300 mil. Pero no la vendo. La construí con el dinero de mi retiro voluntario. No tengo otra.

Esta casa es mi vida. El primer piso es mi juventud, el segundo, es mi vejez.

En el centro de Atenco, mientras tanto, hay un poco de acción para los que se han quedado de guardia en el auditorio. Un joven de cabello largo expone su propuesta de que les sean expropiadas las tierras a los de Ciudad Neza si, de veras, es cierto que se necesita un nuevo aeropuerto internacional. Hay risas. Él está convencido de que a “ellos” les va más lo de “vender tierras” porque es una ciudad, no un pueblo. Luego pasa a explicar que su abuela compró a un zapatista, de aquellos de Emiliano, un terreno en Chimalhuacán en 1927. A pesar de que esa tierra está baldía, de que él vive en Iztapalapa en un lugar del Frente Popular Francisco Villa, y de que el baldío de su abuela no aparece en el decreto expropiatorio, él está convencido de que le afectarán esa propiedad familiar. La idea de que la autoridad puede hacer cualquier cosa, aunque no sea legal, está implícita en su alegato. La desconfianza en él ya es vil paranoia. Pero aporta un dato que, al menos por un rato, detiene las risas de las señoras de guardia: en el catastro el valor del metro en su baldío de Chimalhuacán es de sesenta pesos, diez más de lo que está ofreciendo generosamente el gobierno por Atenco y para hacer ese aeropuerto lujoso del mundo global. Aunque el debate en Atenco no es el precio, la cifra del valor despertada de nuevo suspicacias. María Suárez, una de las custodias de guardia pide ver la copia del catastro y, en efecto —me asomo sobre su hombro—, vale 60 pesos el metro.

—Dicen que nos darían 50 pesos, pero el gobierno no tiene el dinero. A lo mejor nos lo quieren dar hasta que esté construido el aeropuerto, en seis años. Yo creo que así, sobreviremos al gobierno —opina y hace reír a los que la escuchan.

Justo en ese instante, Nacho del Valle me está diciendo algo similar en la comida en la colonia Madero, donde se hace la comida para el muerto del movimiento:

—No tiene el dinero el gobierno. Si tuviera los 50 pesos por metro, ya los hubieran dado y nos habrían roto la madre, nos hubieran dividido. No lo tienen. Lo que están tratando es de salir más airosos de este conflicto. De eso se trata, de meter la pata y ver de qué forma la sacan.

No me parece que la estén sacando muy limpiamente si se piensa en que el negociador del gobierno ya no escuchó la propuesta de América del Valle, hija de Nacho, para que tuvieran otro encuentro. Estaba muy ocupado dando entrevistas a la televisión.

La comida por el muerto va terminando con lentitud. Aprovecho para acercarme a Nacho del Valle. Es el dirigente con mayor autoridad moral y política en Atenco. Pequeño, rechoncho, con la piel color ceniza, con cicatrices en la cara y en los antebrazos. Sus ojos son opacos, como con una película. Tiene ojos de reptil. Pasa de la cordialidad a la ira en segundos. A sus 46 años, se considera un hombre viejo. De hecho se ofende cuando le confieso mi sorpresa de que alguien tan joven sea abuelo. Uno de sus hijos, de 24 años, acaba de ser padre. “Lucho ahora por él también y porque somos gente que no nos gusta la injusticia.” Pero se ofende porque le digo que es joven. Descubro ahí una de las muchas cosas que nos hacen distintos: en la dura vida de estos pueblos, la gente no parece ceñirse a las estadísticas del promedio de esperanza de vida. Aquí la gente tiene problemas metabólicos a los 38 y es abuela a los 46.

Nacho del Valle, con su reciente popularidad mediática, tiene toda una vida en la lucha urbana y ejidal. Estudió en el

Colegio de Ciencias y Humanidades de Naucalpan a principios de los setentas. Después quiso estudiar, en 1974, la carrera de sociología, pero el aumento del impuesto predial en su comunidad, lo obligó a salirse y ser parte de la lucha que concluyó con la formación del Frente Popular del Valle de México, una organización con afluentes en todo el vaso de Texcoco y Ciudad Neza. “No me digas maestro”, se vuelve a ofender y detecto un leve rencor por su desertión de la universidad. En su pueblo, Nacho del Valle es fundador de una organización civil llamada con simpleza “Habitantes de San Salvador Atenco”, que da asesoría jurídica y política en demandas por servicios públicos y tenencia de la tierra. Esa organización es el núcleo de lo que fue, desde el 22 de octubre del año pasado, el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra.

Nacho del Valle es modesto, lo dice de pasada a pesar de que insisto en que me hable de esas épocas (el delamadrilato, entre 1982 y 1988) en las que el escenario social era dominado por las “Coordinadoras de Masas”:

—Anduvimos en la zona oriente. También en la ampliación de Acolman, asesorando.

No abunda, pero el conflicto de Acolman es, en su táctica, el antecedente más preciso del actual movimiento. Tratando de empatarme con su sequedad, le sonrío: “Cómo no”. El de Acolman fue un movimiento en el que los ejidatarios se opusieron a la construcción de un Club Campestre que, en el proyecto, tendría cuatro albercas olímpicas, dos casas club con boliche, discotecas, billares, salas de televisión y capilla, un campo profesional de beisbol, lienzo charro y campo de futbol, un hotel, lago artificial de veleo, gimnasio, campo de golf, y algo que llamaban “El Maravilloso Mundo de los Niños”. En

1981 los campesinos lograron que la empresa encargada, San Antonio Acolman SA de RL, desistiera a su manera: los empresarios huyeron con el dinero de las cuatro mil membresías que los ricos de Toluca habían pagado. En 1985, la empresa le vendió al Sindicato de Ruta-100 el predio por 200 millones de pesos y sin mediar escritura o comprobante alguno. Los campesinos de San Pedro Tepetitlán se asesoraron con los de Atenco y sus alrededores que ya habían luchado contra la perforación de pozos y con los de los de Xometla y Maquixo que habían tomado tierras para ampliar sus ejidos. Igual que el de ahora, el conflicto de Acolman en el que participó Del Valle, el movimiento creció en seis meses sin que nadie lo atendiera y pasó, el 5 de febrero de 1986, al enfrentamiento directo: los campesinos incendiaron los camiones, entre ellos, uno lleno de explosivos. En julio y como respuesta a la detención de sus líderes en un plantón en Toluca, los acolmenses tomaron como rehenes al presidente municipal, al secretario del sindicato camionero y personal del gobierno del estado. Los canjearon por los siete presos políticos. Sólo así accedieron a una negociación directa con las autoridades y, tras la disolución de la camionera pública Ruta-100 en 1989, terminaron por ampliar sus tierras de cultivo. Fue una victoria más de una región completa del Estado de México que ha luchado durante décadas por ser escuchada, atendida, y tomada en cuenta. Ése es el combate de estos días. El efecto mediático puede hacernos creer que estos ejidatarios aparecieron en octubre pasado o en el instante en que los filma la televisión, pero no es así. Es por eso que no desaparecen cuando dejamos de oírlos.

Mientras las más de mil personas que asisten al entierro del único muerto de este movimiento huyen de la llu-

via en sus bicicletas, Del Valle está al tanto de todo: de que se lleven la basura, de una niña que se cae de un tubo de drenaje sin instalar —el signo de su autoridad es que la madre de la niña le pregunta a Del Valle qué ocurrió antes de preguntárselo a su propia hija—, de despedirse de mano de periodistas, representantes de sindicatos y de otras organizaciones estudiantiles y de un líder de taxis pirata. Aunque lo veo firme, está cansado, se queja de tener diarrea. Se toma una aspirina. Capta de inmediato mi mirada y se defiende:

—Aquí nadie se cansa. Nunca has visto a esta gente enfurecida. Somos nosotros los que los calmamos, si no ya hubieran linchado a más de uno.

Nos despedimos, “cualquier problema, nomás me dices”, anuncia. Cinco años después caerá en manos de la policía estatal, arrinconado en la azotea de un edificio. Ingresará a un penal de máxima seguridad y su hija tendrá que huir.

Y en eso estalla una tormenta que nos separa para siempre.

El Norte

Las contorsiones del crimen

I

Las cruces rosas en el desierto, algunas con nombres y otras con la palabra “desconocida”, las madres, hermanos, novios dolientes, los grupos de cazadores de restos humanos, las frases acuñadas por dos gobernadores de Chihuahua, uno de cada partido en la fiesta de las boletas (“El índice de homicidios en Juárez no es más alto que la media nacional”, “Propongo que los ciudadanos honestos se autodecreten un toque de queda. Así los malosos serán los únicos en la calle después de las diez de la noche”), los detenidos que declaran que han confesado bajo tortura, las mujeres —hermanas, madres, amigas, colegas de las víctimas— que van y vienen con velas, cruces, fotografías sin avanzar, las hipótesis sobre rituales de iniciación a la mafia, ocio de los sicarios, negocios de cacerías por Internet, videos snuf, tráfico de órganos, los enfrentamientos entre policías locales y federales, la red de protección política de algunos sospechosos, la negación de la mayoría, el silencio. Las muertas de Juárez son el límite de

lo pensable en el país: la negación colectiva de que una cadena de asesinatos cometidos en el poniente, sur y sur oriente de una sola ciudad no es digerible sin pensar en una basta complicidad de autoridades policiacas, funcionarios y asesinatos. La opinión pública ha decidido que sólo puede pensar ese límite mediante una cifra que aumenta cada vez que la noticia es la de su propio aumento: 297, 298, 299, 300, 301. Lo demás sería pensar que la política, las mafias y la policía, un día, podrían matarnos al azar.

II

Llego a Ciudad Juárez en la misma semana de octubre del 2002 que la Sociedad Interamericana de Periodistas decretó a la franja fronteriza como de “alto riesgo”. No es que yo sea periodista, pero quién va a saberlo cuando me encuentren tasajeado en el desierto. Ésa es la idea edificante que tengo en la cabeza mientras camino por las calles de Juárez buscando una explicación, además del azar, para que en este lugar, donde se han sacrificado oficialmente a 275 mujeres en nueve años y extraoficialmente a casi 400, se cuenten ya en dos veintenas los ejecutados en lo que va del año.

La noticia del día es que un ama de casa de la zona sur-oriental de la ciudad disparó en la madrugada contra un muchacho de quince años que intentaba entrar a robarle. Lo mató. Su razón es clara: “Si no me defiende nadie, yo estoy aquí para hacerlo”, sale su voz del radio del chofer del autobús. A pesar de que el camión circula muy cerca del lugar donde ocurrió el homicidio de esta mañana, la gente no se inmuta. La violencia parece tener ese rasgo en Ciudad Juárez.

rez: es tan cotidiana como lejana. Sin embargo, los juarenses tienen ya las manías que sólo había visto en el DF: poner seguros a las puertas, viajar —a pesar del calor— con las ventanillas cerradas, abstenerse de la noche.

—¿Para qué andar en la calle a las tres de la madrugada? —se pregunta José Luis Rueda, dueño de una farmacia. Si andas a'i, es que buscas problemas.

En buena medida la idea es errónea: las ejecuciones han sucedido a plena luz del día. A pesar de los datos la idea de una noche más violenta que el día se ha extendido y las decenas de antros sobre Avenida Juárez, en torno a los puentes internacionales, y en el centro de la ciudad, lucen un tanto muertos. Los jóvenes cuentan que en el “Yankees Bar”, se encontraron cierta madrugada dos congestionados sicarios. Se retaron con la barbilla y se acercaron uno al otro, desenfundando.

—Yo creo que si no vas a bailar, vas a tener que irte —dijo uno.

—Más agüita irse tan temprano —respondió el otro. Y se pusieron a bailar.

III

Sin duda, una de las señales de las víctimas de la nueva violencia es la soledad. El penúltimo ejecutado era “madrina” de la judicial federal, pero una vez asesinado, envuelto en una cobija y arrojado casi a las puertas de la Unidad Especializada Contra la Delincuencia Organizada (UEDO) en el clasemediero fraccionamiento Los Nogales, la víctima ya no tenía nombre. Tuvo que identificarlo una mujer, también sin nombre,

que dijo haber sido su novia. La falta de identidad oficial es uno de los signos que sólo alcanzo a leer como la provisio-
nalidad de todo. No obstante que Juárez fue fundada casi en
cuanto Núñez Cabeza de Vaca pasó por ahí solo y habiéndolo
comido a sus propios caballos, la extensa ciudad sobre el
desierto se mira a sí como un paso hacia otros sitios defini-
tivos. Los 40 mil baldíos en los que todavía cabrían un millón
más de nuevos inmigrantes, el hecho padecible de que sólo
esté pavimentada en un cuarenta por ciento, y de que el diez
por ciento de las casas sean de cartón, ayuda a sostener su
carácter de territorio pasajero. De hecho, me resulta aterradora
la enorme cantidad de no-lugares que ha desarrollado
en estos últimos diez años: largas paredes a ambos lados de
los parques industriales, gasolineras fantasma, callejones de
bodegas y contenedores que funcionan como bardas, líneas
de bares, antros y lupanares que sólo abren hasta el atarde-
cer. Si algo permite la ejecución, el secuestro, el asalto sexual
es esa soledad de las ciudades desiertas.

IV

257 muertas oficiales que no tienen más rasgo en común que
ser mujeres jóvenes. Tres cuartas partes no eran empleadas
de maquiladoras, sus grados educativos varían (15 por ciento
eran estudiantes menores de 19), en casas pobres de la ciudad
expandida en fraccionamientos por el sur, sur-oriente y po-
niente. Pero el rasgo común es que eran peatones. Caminaban
largas distancias para tomar un transporte hacia el otro lado
de la ciudad. Las muertas no tenían coche y, sin duda, eso es
una condena en una ciudad planeada para automovilistas y

camiones de carga: los amplios boulevares no guardan relación alguna con la cantidad de coches que andan por ellos. Los linderos donde entroncan las avenidas que desembocan en los puentes internacionales agobian a cualquiera.

Pero no tengo idea de lo que digo como pasajero en tránsito: en el cruce de dos importantes avenidas —Ignacio Mejía y Américas— una mujer en minifalda de mezclilla deslavada no puede sino mirar al infinito cuando grupos de hombres maduros se reúnen para escudriñarla, los automovilistas se detienen para ofrecerse a llevarla, los camioneros la claxonean. No, no tengo idea.

V

A Antonio Chávez Cortés, el trigésimo noveno ejecutado del 2002, lo mataron a golpes y en una cobija apareció a espaldas de la UEDO. Era un policía sin credenciales. En la ciudad se comenta que su muerte es parte del ciclo de venganzas de un muchacho de 19 años, llamado Hugo Iván García, “El Dream”. El 25 de julio, El Dream se había escapado de la cárcel de Juárez, ayudado por su madre, también presa, y por los custodios. Veinte días después, El Dream y sus sicarios hablaban con unos policías estatales en las calles de Hacienda de las Torres. La charla versaba sobre la posibilidad de que dejaran escapar a la madre del Dream a cambio de dinero y drogas. La negociación se puso tensa y terminaron a balazos. El Dream huyó pero fue detenido ese mismo día por la policía federal. Se supone que el ejecutado número 39 participó de alguna manera no muy clara en este episodio. Para la policía judicial es signo de que se avanza en la lucha antinarco.

En la dispersión que dejó en la mafia la muerte de Amado Carrillo, un ejecutado puede ser signo de que ahora las policías deben pactar con unos y con otros para, al final, terminar traicionando a alguno. Las policías y los ministerios públicos funcionan como una forma de relación entre bandas armadas: por medio de ellos se envían mensajes. Un ejemplo: una parte de la procuraduría en Ciudad Juárez cita al dueño de Auto Value, Fernando Ramos Vargas, para reabrir el caso en el que su esposa, la cuñada de Amado Carrillo, Linda Sandoval Sanders, fue asesinada; otra parte de la procuraduría se niega a reabrir la investigación en vista de que, en ese episodio, el empresario terminó secuestrado. El mensaje no es que se vaya a investigar, sino que hay turbulencias entre los herederos de Carrillo Fuentes. El chiste es saberlo leer.

La manera en que se usan los cadáveres también es un lenguaje. En la era del piercing y el body art, los cadáveres están cifrados: cómo murió, dónde lo o la aventaron, y en qué momento. El ejecutado de esta semana, todavía sin identidad clara, fue encontrado en un deportivo en el norte de la ciudad. Estaba quemado.

—Eso quiere decir que a alguien de más arriba le va a llegar el calor —me explica César Martínez.

—¿Y la cobija?

—A veces no es muy elaborado: el «madrina» cobijaba a alguien y éste lo envió de regreso. Ya no me sirve tu protección, no la necesito, no me importa. Toma tu cobija. Ése es el mensaje.

—¿Y las muertas? —le pregunto. Me obsesiona el tema, como al resto de la opinión.

—A unas les falta el seno izquierdo, otras tienen mordidas, a unas ocho las aventaron justo a la entrada de la Aso-

ciación de Maquiladoras. Otras presentaban rastros de haber estado refrigeradas. Eso quiere decir que las sacaron cuando era conveniente, para que el cadáver creara un efecto. Son mensajes.

—¿Pero de qué? —me abismo.

—Ah, pos eso, ni ellas lo supieron —remata César.

A César lo conocí hace casi diez años, la última vez que estuve por acá. Era dueño de un billar. Ahora regentea un neo-tabledance: ladies & pool. Cada noche se rifan boletos para que los espectadores se metan a una tina con dos o tres mujeres desnudas. Repruebo su nuevo negocio con el argumento de que se están acabando los billares.

—Sigue siendo pool, ¿no? —se defiende César y su barriga tiembla de risa debajo de su camisa hawaiana.

VI

A la teoría del enfrentamiento entre narcos, le sigue otra explicación para la nueva ola de violencia en Juárez: la población crece al 4.3 por ciento anual, mientras que las maquilas han despedido a 60 mil trabajadores en un año. La percepción local es que los jóvenes sin empleo se están alquilando como sicarios y las chicas como table-danceras. Así, las víctimas se presentan como culpables de su desenlace violento —un deporte del imaginario nacional desde 1968. Pero esta imagen tranquilizadora no explica por qué han sido asesinadas trabajadoras, estudiantes, jóvenes en su paso a Texas. Del lado de los verdugos —se argumenta— están también los desesperados por el repliegue de las maquilas. Los sicarios cazan a estos nómadas de a pie y estarían usando el femicidio como iniciación a una mafia, competencia y reto a vencer.

Por supuesto, ninguna de estas razones explica el clima de miedo en Juárez. No se ve a la policía por ninguna parte y la que hay, los de tránsito, se guarecen de los 36 grados bajo los árboles. Dice la comunidad que ahí reciben sus pagos por dejar hacer a los dealers. Los encuentro de tanto en tanto limpiando sus bicicletas. Pero, nuevamente, no tengo idea: una camioneta con placas de Arizona disminuye el paso y sigue a una peatona, algo rechoncha. La mujer ni siquiera mira al interior. Simplemente, se descalza, se arranca los zapatos de tacón, y se echa a correr.

VII

El origen de la violencia en Juárez acaso sea una extraña mezcla entre narcotráfico, ritos de invulnerabilidad —impunidad ritualizada—, y la extinción de lo comprobable. El primer dato disponible comienza cuando en 1983 Henry Lee Lucas confesó haber cometido más de mil crímenes y fue acusado de 156. Una mañana de 1978 él y su amigo-amante, Ottis Toole, entraron a un estacionamiento de un mall en San Antonio, Texas, y vieron a una niña de nueve meses en una silla con pañales y biberones. Como la puerta del automóvil estaba abierta, tomaron a la niña. Para dormirla en el viaje de seis horas hasta un rancho en México, le inyectaron heroína. Una vez en el rancho, en las afueras de Ciudad Juárez, entregaron el bebé a la secta satánica a la que dijeron pertenecer, La Mano de la Muerte, dirigida por un tal Don Meteric. “Hice más de treinta y cinco viajes a México, llevando en cada uno tres o cuatro niños. Normalmente eran niños pequeños, de entre cuatro y once años. Me daban mil dólares por cada car-

gamento”, le confesó a su psiquiatra, el doctor Joel Norris. Apparently, los niños eran sacrificados cerca de Ciudad Juárez y su sangre y carne comida en rituales satánicos cuyo objetivo era la invulnerabilidad de sus miembros. Dedicados originalmente a la introducción de drogas a Miami y al robo de autos con destino a México, la secta también comenzó a producir videos snuf. Su primer víctima fue una stripper pelirroja de Denver a la que Ottis y Henry drogaron hasta llegar a México. Le siguieron decenas de putas, autoestopistas, adictas que se subían al coche con la promesa de “a la fiesta a la que vamos va a haber toda la mierda que puedas meterte”. Todas fueron actrices de una sola película.

En 1986 la incredulidad de la opinión pública fronteriza empezó a dudar de los asesinos seriales. El FBI no encontró evidencias de la secta, aunque sí armas y opio en unas bodegas de la zona portuaria de Miami, donde Lucas dijo que La Mano de la Muerte los había contactado. Se acusó a la policía texana de querer resolver con dos detenciones cientos de casos no resueltos. Aislado de todos, Henry Lee Lucas se apropió de esa versión: “No he matado a nadie, más que a mi mamá”, declaró a los medios, y confesó ya no saber si sus declaraciones eran las que la policía le había indicado o recuerdos propios de asesinatos reales. Condenado a muerte para 1990, su ejecución se retrasó por problemas periciales. Ya para entonces Henry Lee Lucas decía ser el autor de la más grande puesta en escena para exhibir al sistema de justicia estadounidense. Convertido en un católico fundamentalista decía ser un simple vagabundo de la interestatal 35, tuerto, alguien que nunca conoció a su verdadero padre, pero dispuesto a morir por los pecados de otros. Simón del Desierto.

Ése es el origen: cientos de homicidios a los que les faltaba, desde entonces, un culpable.

VIII

Vuelvo a Ciudad Juárez y sólo puedo pensar en lo que aquí ocurre: la matanza. No tenía yo ni dos horas en Juárez cuando tuve una intensa necesidad de subirme a un avión de regreso. La ausencia de policías en las calles, el calor acumulado dentro del concreto, el miedo que se palpa en el transporte público, debajo de los puentes pensados sólo para los tráilers, me pesó. Me encierro en un cuarto de hotel a contar las horas antes de mi vuelo de regreso. Y me siento fatal, por no poder sobreponerme a mi propio pánico. Enfrentado al límite de lo políticamente pensable, me desarmo. Sólo la negación podría hacerme salir de nuevo a las calles de Juárez.

IX

Lo que ocurre ahora en Juárez preocupa en sí mismo, pero también porque algunos de los eventos culturales más profundos se han expandido desde ahí. El triunfo de Fox contra el PRI no puede explicarse sin la toma del puente internacional Juárez-El Paso en 1984. Y el hecho de que el entonces defraudado candidato panista, Francisco Barrio, hablara con Dios contiene ya los usos que el actual gabinete hace del arrebató místico. Encerrado en un cuarto de hotel, insomne, quisiera caminar valientemente por la Juárez nocturna en busca de una cubeta de cervezas y de alguien que me explique qué hicimos para ir de la prosperidad maquiladora,

la democratización anti-PRI y Juan Gabriel para llegar a la violencia de los herederos de Amado Carrillo, las elecciones que deben anularse hasta tres veces y el dominio de la tambora sinaloense. No existe quién pueda comprenderlo. Puede ser que la nueva violencia comenzara sólo entre narcos y acabara expandiéndose hacia otros grupos menos poderosos, otros fraccionamientos, otros horarios. Puede ser que lo pasajero haya caído en el abismo cultural de pensar en el que va caminando como un no-humano, un simple mensaje a cifrar con su tortura y ejecución. Puede ser que en Juárez estemos pagando los platos de las técnicas de la guerra sucia con una desaparición selectiva, al azar, de cualquier forma. Puede ser que sea éste el nuevo paisaje después del fin de los grandes cárteles, el fin de la maquila como solución mágica, y del inicio, no sé, de la resignación a morir ahora y prosperar después. O callar ahora y seguir viviendo con la conciencia sucia de los cadáveres apilados en las dunas del desierto.

X

Pero uno siempre vuelve a Ciudad Juárez. En julio de 2004, dentro de un auditorio que se asemeja, por el eco, a un galerón de maquiladora, se desarrolla el llamado Foro de las Vivas de Juárez, me siento con mi libreta sobre la pierna cruzada. Ahí están las madres que perdieron a sus hijas, las hermanas, las amigas, las abuelas. Soy el único varón en la sala. Ni siquiera la prensa lleva reporteros. Hay algo extraño cuando los varones no asisten a este tipo de actos en los que la brutalidad parece dirigida exclusivamente a la mitad de la especie. ¿Juárez ha dejado solas a las mujeres, atrincherada

en su virilidad de botas, cinturones, sombreros de vaquero? Por Internet han mandado saludos las actrices Jane Fonda y Sally Field, personajes de la lucha de las mujeres. Al menos en las películas. ¿Dónde estarán Robert Redford y Donald Sutherland?

Lo otro que pienso mientras instalan la web-cam que fallará a la mitad de los testimonios: ¿por qué no tenemos una palabra para designar a quien ha perdido una hija? Son HUÉRFANOS los que pierden a los padres. Son VIUDOS los de esposos. ¿Qué son los que han perdido una hija o un hijo? No hay palabra. Es lo inefable. Es ttttttttt, como las cruces pintadas de rosa en la línea fronteriza, a veces sin nombre. Lo que nunca se pronostica es la desaparición de un hijo o una hija; los padres deben morir, según el paso del tiempo, antes que los hijos. Aquí esa anomalía es legión y no tengo una palabra para ellas. Sólo sus palabras:

“Claudia Ivette González desapareció un 10 de octubre de 2001 en la Lear Corporation 173, en reforma y Niños Héroe. Ese miércoles iba contenta porque iba a cobrar un bono por no faltar en tres meses. Anduvimos investigando en el banco y el cheque no fue cobrado. Anduvimos en la Cruz Roja y en el hospital y la reportamos a la policía y dijeron que tenían que pasar 72 horas. Anduvimos con fotos de ella, mi hija, yo y mi mamá. Anduvimos por el Cerro Bolas, acá mero en Lomas de Poleo, por la Anapra, pero no fuimos al campo algodonero. Allá la fueron a encontrar”.

“Soy madre de Brenda Berenice (Rodríguez) y de tres hijos más. Tengo 26 años. Mi hija, la mandamos por un refresco y se nos perdió acá en Ferromex el 10 de febrero de 2003. La encontraron en la Colonia Obrera.”

“Los jueces dijeron que era culpa de mi hija (María Elena Caldera, desaparecida el 20 de junio de 2000) por salir en las noches. No tienen derecho de asesinarlas y menos de decir que es su culpa. Mi niña iba del trabajo a la casa. Pero, ¿qué si hubiera salido una noche? ¿Es su culpa que la mataran?”

“Los judiciales nos decían que la niña (Brenda Berenice Rodríguez) tenía cabello en las manos, que tenía semen del hombre que la había violado, que él tenía unos 40 años porque era canoso. Agarraron a su padrastro, Jesús, que no tiene canas, ni pelo largo. En el expediente no dice nada del cabello. Ahora tenemos que sacar a su padrastro de la cárcel y, además, esclarecer el homicidio de Brendita. No nos damos por vencidas. Seguiremos pidiendo justicia. Sabemos que es difícil con estas autoridades y esta policía, pero es nuestra fe. Si no nos dejan soñar, pues no los vamos a dejar dormir.”

Me voy de Juárez con las voces llorosas, indignadas, quebradas a veces de las otras víctimas de la violencia—las de quienes las sobreviven— pero también con un coro de quienes no se dejan, no se resignan, no se arredran. Mujeres que van de puerta en puerta con la foto de su desaparecida. Mujeres

que tratan con los sudorosos policías judiciales, ministeriales, federales. Mujeres que ponen el nombre de muerta en una cruz en la frontera del desierto con el desierto. Mujeres que denuncian, a pesar de que se les corte el sonido del micrófono o la voz. Mujeres que recorren la arena bajo el sol en busca de una blusa, unos jeans, una media colgada en un arbusto ennegrecido. Esa ropa es “ella”, la desaparecida, la muerta, la hija, la nieta, la hermana, la sonrisa de los desayunos, el cansancio tierno de la noche.

En español existe la palabra “deudo” para el que sobrevive. Y en este, como en muchos otros casos, ése es el sentido de la rebelión.

Fabrizio Mejía Madrid

Nacido en el emblemático 1968. Escritor y ensayista mexicano, es un colaborador habitual de revistas como *Proceso*, *Letras Libres* o *Gatopardo* y ha sido ganador de premios como el Xavier Villaurrutia o el Antonin Artaud.

Autor de la novela-crónica *Hombre al agua*, que ganó el premio Antonin Artaud. Su novela más reciente es *El rencor* (como la anterior, publicada por Joaquín Mortiz). Sus escritos han sido incluidos en antologías como *Nuevas voces de la narrativa mexicana* y *The Mexico City Reader*. Algunas otras de sus obras son: *Viaje alrededor de mi padre*, *Pequeños actos de desobediencia*, y *Entre las sábanas*.

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes septiembre del año 2012.

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución
gratuita y es cortesía de la Fundación Rosa
Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.